

## Quinto domingo del Tiempo Ordinario C2022

Las lecturas de este domingo hablan del llamado de Dios a servirlo. Muestran que las circunstancias que rodean cualquier llamada son diferentes de un individuo a otro, pero todas se refieren al mismo Dios. Nos invitan a reconocer la presencia siempre de Dios que nos llama a servirle y que nos sostiene en nuestra misión.

La primera lectura describe la vocación del profeta Isaías. Comienza con la visión que tuvo Isaías acerca del Dios Santo y Todopoderoso. Contrapone la conciencia de su pecaminosidad con la santidad de Dios y su adoración por las criaturas celestiales. La lectura termina con la purificación de Isaías y su aceptación para servir a Dios.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es santo y digno de ser glorificado. También hay la idea de que los seres humanos son pecadores y sólo Dios puede hacerlos dignos de él. La última idea está relacionada con la certeza de que, a pesar de la pecaminosidad humana, Dios llama a los seres humanos a servirle.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús llama a sus primeros discípulos. En primer lugar, el Evangelio comienza mencionando la enseñanza de Jesús a la multitud en el lago de Genesaret desde una barca. Después, habla de la invitación de Jesús a Simón Pedro y sus amigos a pescar. Luego, da la reacción de Simón al mandato de Jesús al recordar cómo trabajaron tan duro toda la noche sin atrapar nada.

Después de eso, muestra que cuando Simón y sus amigos obedecieron a Jesús y bajaron sus redes, pescaron una gran cantidad de peces al punto que no solo necesitaron la ayuda de sus compañeros, sino que su barca estaba en peligro de hundirse.

El Evangelio termina con el reconocimiento de Simón de su pecaminosidad, el llamado de Jesús a convertirse en pescador de hombres y la decisión de sus amigos de dejarlo todo para seguir a Jesús.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar del llamado de Dios para servirlo. Permítanme comenzar con una evocación de la experiencia de vida. De hecho, las circunstancias que rodean nuestras vidas son muy diferentes. Nuestros antecedentes y las decisiones que hemos tomado en esta vida también son muy diferentes.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias, tenemos en común el hecho de que hemos sido llamados por un mismo Dios para cumplir varios deberes y roles en la sociedad, que determinan la vocación en la que nos encontramos hoy. Según nuestras habilidades y capacidades, algunos somos agricultores o trabajadores sociales; otros son especializados y otros no tienen una determinación específica.

La experiencia humana ha demostrado también que todos tenemos cualidades al igual que todos tenemos limitaciones. Sin embargo, el hecho de tener limitaciones no significa que estemos inhabilitados para trabajar para Dios o para cumplir con nuestros deberes en la sociedad. Significa solamente que la conciencia de nuestra fragilidad debe empujarnos a confiar más en Dios, que puede hacernos mejores personas y capaces de cumplir su voluntad, que en nuestra fuerza.

Esta conciencia de la fragilidad humana es la que aparece en la vocación de Isaías. De hecho, al descubrir la santidad y la grandeza de Dios, Isaías se juzgó indigno de Dios. Y Dios, que quiso que trabajara para él, lo purificó de toda esta debilidad y pecaminosidad. En este sentido, Dios lo legitimó para que, a pesar de sus limitaciones personales, trabajara para él. Lo mismo ocurre con san Pablo, que inicialmente fue perseguidor de la Iglesia. La

conciencia de la pecaminosidad humana también estaba presente en Simón Pedro cuando estaba abrumado por el milagro de la captura de peces.

En otras palabras, es la voluntad de Dios que trabajemos para él, pero esto no significa que seamos seres humanos perfectos. Sin embargo, cuando somos obedientes a Dios, él puede cambiarnos para que seamos verdaderamente sus siervos según su voluntad. Por otra parte, aunque llamados por el Señor, no significa que el trabajo que nos da será siempre fácil. Tenemos que esforzarnos y trabajar duro antes de llegar al éxito. Pero una cosa segura y nunca debemos olvidarla, es que nunca nos faltará la ayuda y la asistencia de Dios en los momentos difíciles.

Es por eso que no debemos desanimarnos cuando trabajamos tan duro y el resultado no llega. Es como los discípulos; trabajaron muy duro toda la noche, pero no pescaron nada. Cuando llegó la mañana y estaban a punto de irse a casa con la amargura en el corazón, es en ese momento que interviene Jesús.

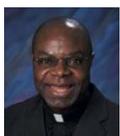
Lo que nos dice el Evangelio es lo que ya sabemos por experiencia, es decir, que quien se da por vencido por las dificultades de la vida, se da por vencido demasiado pronto. En caso de fracaso evidente, tenemos que esperar, aunque parezca que no hay nada más que esperar. Este puede ser el caso de la educación de los hijos, su abandono de la Iglesia, o su no práctica de la fe inicialmente recibida de la familia, etc.

Donde hemos fallado, tenemos que empezar de nuevo y no bajar los brazos. Incluso cuando todas las circunstancias parecen ser desfavorables, todavía tenemos una oportunidad, al menos una oportunidad más. Al volver a empezar, demostramos que mantenemos intacta nuestra esperanza, porque creemos en Jesús que puede hacer posible lo imposible. Si lo ha hecho con sus discípulos, ¿cómo no podrá hacerlo con nosotros? Si esperamos un conjunto perfecto de circunstancias, nunca comenzaremos. Si queremos un milagro, debemos tomar la palabra de Jesús en serio cuando nos invita a intentar lo imposible.

Tal como parece, este Evangelio nos invita a la esperanza, pero no es una esperanza basada en un optimismo idealista de que las cosas irán mejor, sino en la certeza de que Dios nunca nos abandonará, sean que sean nuestras dificultades. Por eso debemos estar convencidos de que, aunque la vida es difícil y está rodeada de muchas dificultades, no estamos condenados al fracaso total. Dios, que nos ha dado la vida a través de nuestros padres y nos ha llamado a servirle a través de nuestra vocación personal, también es capaz de sostenernos para que tengamos éxito.

No solo tenemos que confiar en él, sino que no debemos tener miedo, porque Dios puede cambiar nuestro destino y darnos alegría nuevamente. Pidámosle que nos dé el coraje de cumplir nuestra vocación en esta vida a pesar de todas las dificultades que podamos encontrar. Que reconozcamos su Santa presencia y confesemos nuestra indignidad para convertirnos en humilde instrumento en sus manos. ¡Que nos dé el coraje de volver a empezar desde donde hemos fallado! ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Isaías 6: 1-2a, 3-8; 1 Corintos 15: 1-11; Lucas 5: 1-11**



Fecha de la Homilía: el 06 de Febrero, 2022  
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20220206homilia.pdf